

bam  
bú



MARCUS  
SEDGWICK

**NO ES INVISIBLE**

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *She Is Not Invisible*

Publicado por acuerdo con Indigo,  
un sello de Orion Publishing Group Ltd.

© 2013, Marcus Sedgwick, por el texto  
© 2014, Julia Alquézar Solsona, por la traducción  
© 2014, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig  
Ilustración de la cubierta: Arnal Ballester

Primera edición: septiembre de 2014  
ISBN: 978-84-8343-309-6  
Depósito legal: B-16336-2014  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / / 93 272 04 45).

**No es invisible**

*Para Alice, simplemente por ser genial*

«Si un hombre mira con agudeza y atención,  
verá la Fortuna: pues aunque es ciega,  
no es invisible.»

Francis Bacon, *De la Fortuna*, 1612

## La primera puerta

**P**or última vez, me dije que no estaba secuestrando a mi hermano pequeño.

Prometo que no lo había pensado de ese modo hasta que ya estábamos en el metro, así que, cuando llegamos al aeropuerto, ya era demasiado tarde para arrepentirse y dejar de nuevo la tarjeta de crédito de mamá en su cartera.

Tampoco podíamos dar marcha atrás y no usar la tarjeta para comprar billetes a Nueva York para Benjamin y para mí y, sin duda alguna, era muy tarde para no sacar quinientos dólares de los elegantes cajeros automáticos del aeropuerto.

Y, sin embargo, yo era responsable de hacer todas esas cosas, aunque culpaba en parte a mamá por dejarme comprar por ella en internet de vez en cuando, además de por confiarme la mayoría de sus números secretos.

Por incontables que fueran los delitos que hubiese cometido ya esa mañana, aunque fueran por una buena ra-

zón, debo admitir que parecían insignificantes frente a la idea de que estaba raptando a mi hermano.

Benjamin, para ser justos, se tomaba todo el asunto como solo haría un niño de siete años algo peculiar. Aguardaba de pie, paciente, con la mochila de los *Watchmen* colgada a la espalda, y esperaba en silencio a que me recompusiera sin soltarse de mi mano. En lugar de gritar a los cuatro vientos que su hermana mayor lo estaba secuestrando, le preocupaba mucho más si Stan necesitaba billete.

Le agarraba la mano con fuerza. Estábamos en algún punto de la sala de embarque de la Terminal 3. Había mucho ruido, el ambiente era confuso, pero lo primordial era encontrar el mostrador correcto. La gente se movía en todas direcciones y a toda prisa, de modo que casi perdí de vista el lugar al que nos dirigíamos.

–Stan no necesita ningún billete –le repetí por enésima vez y, antes de que Benjamin pudiera seguir con sus preguntas, añadí–; y no, tampoco necesita pasaporte.

–Pero nosotros sí –dijo Benjamin.

Parecía un poco nervioso. Si Stan no podía subir al avión, sabía que a Benjamin se le caería el mundo encima.

–Sí –dije–, ya lo sé.

Justo entonces y por casualidad, oí a alguien hablar sobre un vuelo a Nueva York, y empecé a sentir pánico.

Respiré hondo, poco a poco. Benjamin es maravilloso y lo quiero muchísimo, pero tiene sus malos momentos, y, justo entonces lo necesitaba desesperadamente;

si no fuera así, no lo habría *raptado*. Aunque, bueno, para ser justos, eso no era exactamente lo que estaba haciendo.

–Nosotros sí que necesitamos pasaporte –le expliqué–, porque somos seres humanos vivos y reales, pero Stan, aunque es excepcional, no es como nosotros.

Benjamin lo pensó por un momento.

–Es real –dijo.

–Sí, tienes razón –respondí–, perdona, claro que es real, pero también es un peluche. No necesita pasaporte.

–¿Estás segura?

–Sí, estoy segura. ¿Cómo está, por cierto?

Benjamin tuvo una breve conversación con Stan. Supuse que estaba agarrándolo del ala, como siempre, del mismo modo que yo cogía de la mano a Benjamin. Debíamos de ser un trío de aspecto bastante pintoresco: un desaliñado cuervo negro, el pequeño Benjamin y yo.

–Está bien, pero echa de menos a todo el mundo.

Con todo el mundo, Benjamin se refería a la colección de animales de peluche y superhéroes de plástico que tenía en su dormitorio.

–Pero si nos hemos ido hace solo una hora.

–Lo sé, pero Stan es así. También dice que echa de menos a papá.

Me llevé a Benjamin aparte.

–Mira, Benjamin. Hay que encontrar el mostrador donde ponga Virgin Atlantic. Quizás Stan pueda ayudar. Los cuervos tienen una vista excelente, ¿no?

Sabía que era una apuesta arriesgada pero funcionó.

–Virgin Atlantic... –repitió Benjamin–. Ven, ¡está justo ahí! Stan, te he ganado a pesar de tu vista excelente.

Benjamin puso rumbo hacia allí rápidamente, pero lo agarré y le di un tirón de la mano para recordarle cómo caminábamos. Se trataba de algo en lo que habíamos estado trabajando hacía un par de años, y le gustaba hacerlo, pero imagino que le emocionaba subirse otra vez a un avión, y su mano se escurrió de entre las mías al marcharse corriendo.

–¡Benjamin! –grité, esperando a que volviera.

Fueron solo un segundo o dos, pero casi fui presa de un ataque de pánico y corrí tras él; me tropecé con una bolsa o algo así, y caí de bruces al suelo.

Incluso con el ruido del aeropuerto, oí a todos los que me rodeaban quedarse en silencio y mirando, y me di cuenta de que había montando todo un espectáculo. Había aterrizado con las piernas sobre la bolsa y los brazos extendidos delante de mí.

–¿Acaso soy invisible? –dijo un hombre, enfadado. Mis gafas de sol habían salido despedidas hacia alguna parte y lo oí suspirar–: ¡Por qué no mira por dónde va! Ahí llevo el portátil.

Conseguí ponerme de pie y volví a dar una patada a su bolsa.

–¡Dios santo! –exclamó.

–Lo siento –murmuré–. Lo siento.

**12** Procuré mantener la cabeza agachada mientras el hombre desabrochaba la bolsa, farfullando por lo bajo.



–¿Benjamin? –dije, pero me di cuenta de que ya estaba a mi lado.

–¿Estás bien, Laureth? –me preguntó, poniéndome algo en las manos–. Toma, las gafas.

Me las puse rápidamente.

–Lo siento mucho –le dije al hombre, y tendí la mano para que Benjamin me la cogiera–. Será mejor que empecemos a movernos.

Benjamin me agarró de la mano y, en esta ocasión, lo hizo bien, tal y como habíamos acordado en secreto.

–Hay cola –dijo él antes de detenerse–, pero es corta.

Pensé que sería el primer obstáculo. Así lo habría llamado mi padre. La primera persona a la que tenía que esquivar; la azafata del mostrador de facturación.

–Nos toca –murmuró Benjamin.

–¡Siguiente, por favor! –Era la mujer del mostrador.

Apreté la mano de Benjamin, y me incliné hacia atrás para murmurar:

–Espera aquí.

–¿Por qué?

–Sabes por qué –dije, asumiendo la tarea de dar los pasos hasta el mostrador por mí misma.

Me alegré de que fuera verano, y de que hiciera calor fuera, porque parecía menos extraño llevar gafas de sol, y había mucha luz incluso dentro de los edificios; no obstante, después de caerme encima de la bolsa de aquel tipo gruñón, no quería llamar más atención.

–¿Adónde viaja? –preguntó la mujer, antes incluso de poder llegar al mostrador.

Pensé en mi amigo Harry de la escuela. Es genial. Habría intentado dar un par de chasquidos para averiguar dónde estaba el mostrador, pero me temí que su método tampoco habría funcionado; había demasiado ruido de fondo. Además, siempre existía el peligro de que alguien pensara que estabas imitando a un delfín, cosa que no ayudaba. En lugar de eso, extendí las manos lenta pero cuidadosamente, y me sentí satisfecha conmigo misma por calcular la distancia casi con exactitud. A decir verdad, me hice daño en la espinilla al golpearme con algún tipo de riel que había delante del mostrador, pero hice todo lo que pude para mantener un gesto de normalidad en la cara y puse nuestros pasaportes sobre el mostrador.

–Eh... A Nueva York –dije–. En el vuelo JFK de las 9:55.

La mujer tomó nuestros pasaportes.

–¿Alguna maleta que facturar?

–No, no, solo llevamos equipaje de mano.

Me di la vuelta y le enseñé la mochila, y señalé con la mano a Benjamin, con la esperanza de que se hubiera quedado donde le había dicho.

–Un viaje corto, ¿no? ¿Vais a hacer algo divertido?

Le dije la verdad o lo que esperaba que fuera la verdad.

–Vamos a ver a nuestro padre –dije.

Ella hizo una pausa.

–¿Cuántos años tiene, señorita Peak?

–Dieciséis.

–Y ese es su hermano, ¿no?

Asentí.

–¿Y tiene...?

–Ah, tiene siete años. En la página web decía que puede viajar conmigo si tiene más de cinco. Y tiene siete, y yo dieciséis, así que supongo que pensamos que...

–Sí, sí, claro –dijo la mujer–. No hay ningún problema, solo preguntaba. ¿Y su pájaro? ¿Tiene pasaporte?

–¡Te lo he dicho! –gritó Benjamin desde alguna parte detrás de mí.

–No pasa nada, cariño –dijo la mujer–. Era una broma. No necesita pasaporte.

–Ves, no necesita pasaporte –dije. Entonces me sentí estúpida y me callé.

–¿Puedo ver el pájaro que llevas? –dijo la mujer por encima de mi hombro.

–Tengo que quedarme aquí –dijo Benjamin.

–¿Por qué tiene que quedarse ahí? –me preguntó la mujer. Parecía que las cosas empezaban a torcerse.

–No, bueno –dije, esforzándome por sonreír–, cosas de niños, no tiene que quedarse ahí, pero ya sabe... niños pequeños.

–¿Se encuentra bien, señorita Peak? –preguntó la mujer. Su voz sonaba repentinamente seria.

–Eh. Sí. Un poco nerviosa.

–El vuelo no sale hasta dentro de una hora y media. Tiene tiempo de sobra.

–Ah, no –dije más desesperada por zafarme de ella que antes–. Me refiero a volar, y ya sabe, está Benjamin.

La mujer se rio.

–Bueno, verá, tengo gemelos –me anunció orgullosa–, mis chicos son unos bichos, y tienen exactamente su edad.

Y tengo dos, así que considérese afortunada. Siempre que vamos de vacaciones es como si se hubiera declarado la guerra en el país de destino.

Me reí. Era consciente de que sonaba nerviosa, pero la mujer no pareció darse cuenta.

–Que tengan un buen vuelo –dijo antes de poner los pasaportes de nuevo en el mostrador–. El embarque es a las 8:55, y debería ser en la puerta 35, pero, por si acaso, esté atenta a cualquier cambio.

Por fin me enfrentaba a la pequeña cuestión de recoger los pasaportes que había dejado en el mostrador. Pasé la mano con rapidez por encima de la superficie lisa y, con alivio, los encontré de inmediato.

–Gracias –dije–. Benjamin, dame la mano. Ya sabes que te distraes y te pierdes fácilmente.

Benjamin se acercó y me cogió de la mano.

–No es verdad –protestó él, y después, como estaba enfadado por lo que acababa de decir, se olvidó de apretarme la mano para indicarme en qué dirección ir.

Me quedé helada, aunque lo que realmente quería era alejarme del mostrador donde estaba la amable señorita antes de que la situación se complicara de verdad.

–¿Por dónde vamos? –le pregunté a la señorita.

–Las salidas están escaleras arriba –dijo ella–, y las escaleras están por allí.

–Benjamin –dije–. ¿Benjamin? ¿Vamos?

Por suerte, para entonces ya estaba tirando de mí en la dirección correcta. Es bastante bueno conmigo en la mayoría de ocasiones. Habíamos pasado la primera puerta.

–¿Vamos a buscar a papi ahora? –preguntó Benjamin, mientras subíamos por las escaleras hasta la zona de salidas.

–Sí –dije–. Ahora sí que vamos a buscar a papi.

## El cuaderno negro

«**M**ucho, pero mucho», solía decir, sacudiendo la cabeza, el señor Woodell, mi profesor de inglés, al reñirme por repetir demasiado la palabra «cosas». Sin embargo, a veces, no hay mejor palabra que describa mejor algo.

Por ejemplo, hay un par de cosas vitales que debes saber cuando secuestras a tu propio hermano, aunque no estés haciéndolo de verdad: en primer lugar, es mucho más sencillo si él no sabe que lo estás secuestrando, y la segunda cosa que hay que saber es que la culpa es más fácil de sobrellevar si tienes una buena razón para raptarlo.

Pasé ambas pruebas con buena nota. Respecto a lo primero, Benjamin estuvo perfecto. Era suficientemente mayor para ser útil, pero también para saber que no es normal salir de tu casa a primera hora de un sábado para coger un vuelo a Estados Unidos con tu hermana mayor.

–¿Y mami no viene? –me había preguntado cuando lo había despertado.

–Hoy mami se va a casa de la tía Sarah, ¿no te acuerdas?

Solo eran las siete en punto de un sábado por la mañana. Mamá ya se había ido para evitar los atascos de tráfico de Manchester, tal como me había dicho, y me había dejado instrucciones estrictas de cuándo levantar a Benjamin, qué darle de comer y demás, como si no lo hiciera muy a menudo de todos modos. Cuando estoy en casa los fines de semana y en vacaciones, cuido a menudo de Benjamin porque los turnos de mamá pueden ser sumamente extraños, de modo que no suele estar mucho en casa; y papá, bueno, suele estar mucho fuera últimamente. En las nubes, según dice mamá.



Respecto a lo segundo, había empezado la tarde antes, al comprobar la cuenta de correo de papá. Papá me paga veinte libras al mes para que le controle el correo de sus admiradores y otros mensajes aleatorios que le llegan a través de su página web. Había empezado a hacerlo cuando se ausentaba en sus viajes, pero enseguida me pidió que se lo controlara regularmente, porque lo hacía muy bien y le tranquilizaba no tener que leerlos todos.

Si hay algo importante que papá necesite saber, se lo comunico y, si no, envío una de las respuestas estándares que tengo guardadas en una carpeta del escritorio, siempre a mano, porque el noventa por ciento de los correos electrónicos se pueden clasificar en tres categorías.

Está la respuesta para «Soy un aspirante a escritor y me gustaría que leyera mi novela». Además, tenemos la respuesta para «He leído su libro y me ha encantado; por favor, siga escribiendo», y por último está la respuesta para «Tengo una pregunta para usted: ¿de dónde saca sus ideas?».

Por supuesto, las preguntas siempre difieren ligeramente, pero más o menos pueden reducirse a lo mismo.

Cuando papá me contó por primera vez lo de las respuestas ya escritas, me sorprendió un poco. Le recriminé su falta de agradecimiento pues, al fin y al cabo, no tendría trabajo sin sus lectores, que son quienes realmente compran sus libros. Él se quedó en silencio un momento y después me respondió:

–Sí, Laureth. Tienes razón –suspiró–. Créeme, recibir esas cartas significa mucho para mí, solo que ahora estoy muy ocupado...

Seguía sin estar convencida de que fuera lo correcto, pero la idea de tener algo más de dinero de bolsillo era demasiado atractiva para resistirse; siempre tenía una lista de audiolibros tan larga como mi brazo, así que acepté.

Ah, y había una cuarta categoría de correos electrónicos, que se resumirían más o menos así: «He leído su libro y es un asco. Un verdadero asco. Es usted un escritor horrible». A papá esos no le gustaban tanto.

Para esa categoría no teníamos ninguna respuesta escrita previamente, porque papá dice que no hace falta responder a los maleducados. Sin embargo, no puedo evitar enfadarme cuando abro un mensaje así. Además,



creo que los libros de papá son buenos de verdad, al menos en su mayoría. Trabaja mucho en ellos, y no entiendo que a la gente le cueste tan poco ser mala. No ocurre muy a menudo, pero, la primera vez que leí uno, sentí ganas de responder con un mensaje muy desagradable, pero entonces papá me preguntó: «¿Y qué conseguirías?» con una risa algo forzada, y me avisó de que nunca me involucrara con ese tipo de personas. Tiene una amiga, otra escritora, que, en una ocasión, replicó con un torrente de insultos a un mensaje electrónico en el que se criticaba su novela.

Esa escritora llamó a la persona que le había enviado el mensaje insultante «mono iletrado con la cabeza llena de tonterías», solo que no dijo exactamente «tonterías». A la semana siguiente, la noticia se había extendido por toda internet, y no sabía cómo poner fin a las habladerías. Ya no le pedían que hablara en ferias de libros, por ejemplo.

En cualquier caso, estaba repasando los mensajes de correo como siempre. Cortaba y pegaba las respuestas de papá, y añadía algún pequeño toque personal por aquí y por allá, si me parecía que el mensaje era particularmente agradable, pues sabía lo que papá diría, y entonces di con un mensaje que era diferente, muy diferente.

Tenía la voz automática del ordenador encendida, casi a máxima velocidad, así que cuando oí el tema del mensaje electrónico por primera vez prácticamente no lo entendí.

Con torpeza, manejé los dispositivos del Mac para rebajar el ritmo y oír de nuevo el título.

*El cuaderno negro.*

Me llamó la atención de inmediato, porque así llama mi padre a su cuaderno. Tiene muchos cuadernos, algunos de tapa dura, siempre iguales, y a todos los denomina cuaderno negro. Los llama así porque son blancos y, según parece, es divertido, pero no entiendo muy bien por qué.

Mientras escuchaba el mensaje, se me heló la sangre en las venas. El autor del mensaje era alguien llamado Michael Walker, y decía que había encontrado el cuaderno de papá, que había visto la dirección de correo electrónico en la portada y reclamaba la recompensa que se ofrecía.

El mensaje acababa con las siguientes líneas:

*He visto que la recompensa son 50 libras, por tanto deduzco que es usted británico. Me gustaría preguntar cuál sería el equivalente en dólares si le devuelvo el cuaderno.*

*Un cordial saludo, Michael Walker.*

Lo que me conmocionó fue la palabra «dólares». Sabía que probablemente se refería a que estaba en Estados Unidos, cosa que me extrañó, como mínimo, porque se suponía que papá estaba en Europa, en Suiza, concretamente.

Algo no iba bien. Aunque es cierto que papá tiene sus rarezas, aquel era un comportamiento insólito incluso por parte de él.

**22** Fui a buscar a mamá. Estaba en el dormitorio, haciendo las maletas para ir a casa de la tía Sarah, o eso supuse.

–Mamá –dije–, ¿hay algún lugar en Europa donde se utilicen dólares?

–Laureth, tienes dieciséis años. Me parece que puedes hacer sola los deberes de geografía.

–Mamá, estamos de vacaciones, es verano –dije–, no son deberes. Solo quiero saber en qué países se usan dólares.

–¿Y por qué no lo buscas? ¿En Google, por ejemplo? Tienes que ser más independiente.

Eso habría bastado para sacarme de quicio y cualquier otro día nos habríamos peleado, porque, por una parte, mamá no me deja hacer nada sola y, por otra, siempre me está diciendo que tengo que aprender a cuidar mejor de mí misma porque nadie más va a hacerlo. El hecho de que se fuera a pasar la noche a casa de la tía Sarah sin nosotros era un milagro, y no dejaba dudas del estado de ánimo en el que se encontraba.

–Da igual –dije.

Después, con un tono que intenté que sonara lo más informal posible, añadí:

–Oye. ¿Dónde está papá?

Suspiró.

–En Austria o Suiza. Algo por el estilo.

–¿Cuándo supiste de él por última vez?

Hacía mucho que yo misma no sabía nada de él, cosa que era de lo más extraño. Normalmente siempre procura mantener el contacto, al menos con mensajes de texto.

–Laureth, no tengo tiempo para todo esto. –Suspiró de nuevo y esperó.– Hará una semana más o menos, quizás más tiempo. ¿Por qué?

–Porque ha recibido un mensaje de correo: alguien ha encontrado su cuaderno. En Estados Unidos. –Mamá no dijo nada, pero se detuvo un momento. Después siguió haciendo la maleta.– Creo que le ha pasado algo.

Mamá no respondió.

–Mira, ya te he oído. Probablemente sea algún bromista. Eso es todo.

–Mamá.

Entonces me gritó:

–¡Laureth! ¿Quieres dejarlo estar de una vez?

Volvió a guardar silencio. Y me fui corriendo a la habitación que papá usaba de oficina, y después de un rato empecé a pensar que, bueno, quizás tenía algo de razón. Tal vez simplemente era el correo del chiflado del mes. Papá hacía un concurso privado todos los meses para dar el premio al mensaje más loco, algo que yo llevaba haciendo despreocupadamente desde que me encargaba de su cuenta.

Volví a sentarme delante del Mac.

Pensé en mamá, y después en papá. Pensé en cómo solían ser las cosas antes y cómo eran ahora. Nada de todo aquello me hacía sentir bien, así que volví a poner los dedos sobre el teclado.

No quería alargarme; no tenía necesidad de malgastar mi tiempo con chiflados.

*¿Cómo puedo saber que tienes mi cuaderno?*

*Jack Peak.*

Siempre firmo como si fuera mi padre. Probablemente suplantar la personalidad de otra persona sea ilegal, pero es más fácil que explicar que eres su hija y que escribes en su nombre. De todos modos, a la gente no le gustaría saberlo. Solo quieren una respuesta del escritor real.

Me quedé allí sentada pensando qué hacer. Cogí mi teléfono, y pensé si me buscaría problemas por usarlo para llamar a papá al extranjero. Costaría una fortuna.

Entonces sonó el aviso de que había llegado un mensaje electrónico, y así era, otra respuesta farragosa del señor Walker, pero el punto esencial era este:

*Compruébalo tú mismo.*

El programa de reproducción de voz del ordenador me informó de que había tres imágenes adjuntas.

Lo maldije y llamé a Benjamin. Lo arrastré hasta la habitación y lo senté en la silla de papá.

–No te sientes muy cerca. –Me respondió con un ligero gruñido.– Necesito que eches un vistazo a algo –dije–. Hay tres fotos en este correo. Dime qué se ve en ellas.

Benjamin suspiró, pero hizo lo que le pedí.

–Hay tres fotos –dijo él–. Parecen deberes. Son hojas escritas de un cuaderno.

–¿A mano?

–Sí.

–Benjamin, ¿crees que podrían ser páginas del cuaderno de papá?

–Pues sí. Estoy seguro.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

Volvió a suspirar.

–Porque aparece su nombre. Dice: «Se ofrece una recompensa.» Aquí aparece también su dirección de correo electrónico, y por su mala letra. Además...

–Vale –dije–, bien, gracias.



Estuve pensándolo durante un buen rato.

Después llamé al móvil de papá desde el mío.

Nadie respondió, sonaba y sonaba sin parar.

Volví a hablar con mamá otra vez, y le dije que estaba realmente preocupada. Le recordé que se suponía que papá estaba en Suiza investigando para su libro, pero que su cuaderno había aparecido por arte de magia en Estados Unidos, y que no respondía al teléfono.

Me di cuenta de lo mal que estaban las cosas cuando mamá ni se inmutó al confesarle que había llamado al extranjero desde mi móvil.

–Laureth –dijo ella con un hilo de voz áspera, el mismo con el que solía hablarle los días previos a mi padre–. Ahora mismo no podría preocuparme menos dónde está tu padre. ¿Lo entiendes?

–Mamá –dije–, me preocupa que haya desaparecido, que le haya pasado algo. Si se hubiera ido a Estados Unidos, nos lo habría dicho. –Mamá no respondió.– Me lo habría dicho.

En silencio empecé a preguntarme si eso sería cierto.

¿Me lo habría dicho? Esperé que fuera cierto. Papá podía ser muchas cosas, pero siempre me enviaba mensajes de texto y, al pensar en ello, me di cuenta de que hacía días que no sabía nada de él. Quizás más tiempo.

–Ya basta, Laureth –dijo mamá–. Deja de ser tan... fantasiosa.

Lo dijo como un insulto.

–Pero mamá...

–No, déjalo. A veces te pareces demasiado a tu padre, los dos tenéis la cabeza llena de pájaros. Tienes que ser más responsable, madurar y aprender a cuidar de ti misma. Ser más sensata. Ya tienes dieciséis años.

Ignoré todo lo que dijo, y aunque me habría gustado responderle un millón de cosas, no lo hice. En lugar de ello, simplemente dije:

–Mamá. Ha desaparecido. Estoy segura.

Pero ella se limitó a decir fríamente:

–¿Y cómo podríamos saberlo si así fuera, Laureth? ¿Cómo podríamos ver la diferencia?

Pensé de nuevo en decir un millón de cosas, y en que, a veces, *cosa* es la única palabra que se puede usar. Sin embargo, en aquel momento estaba demasiado enojada para explicar ninguna de ellas, así que no dije nada.

En mi cabeza solo había lugar para dos cosas: preocupación y papá.

Fue entonces cuando decidí ir a buscarlo.